

Cabeza de ratón

El barrio de Parque Chas queda cerca, o dentro, no sé bien, del barrio de Villa Urquiza, que queda en una punta de la Ciudad de Buenos Aires, que a su vez queda en una punta de la Provincia de Buenos Aires, que a su vez queda en una punta de la Argentina, o más bien en el medio, pero que queda, Argentina, en una punta del continente llamado América, que a su vez queda, sí, América, en un costado del mundo.

7

Ese barrio, tanto si se mira en un plano de calles como si se vive en él, es un verdadero laberinto. Y mi vida en la época en que sucedió la historia que voy a contarles era eso mismo: un laberinto. En el mes de febrero yo había cumplido los doce, y ahora que llegaba marzo

estaba por empezar séptimo grado de la primaria. Durante todo un año (bueno, de marzo a diciembre, “casi” todo un año) iba a estar entre los alumnos más grandes de una escuela en la que había cursado desde jardín, pero ¿después de eso qué?

8 Después de eso, el laberinto: elegir un colegio secundario, poder viajar solo en colectivo (¿qué tan grande era la ciudad? Si la mirabas en un plano de calles, no terminaba nunca...); luego, tener novia, terminar el secundario, elegir una universidad, trabajar, casarme, tener hijos, hacerme viejo, tener nietos, hacerme más viejo, tener bisnietos, volverme viejísimo...

Qué vértigo.

¿Y no se podía dejarlo ahí, en séptimo?

No, no se podía. Pero seguro debía de ser mil veces mejor integrar, en séptimo grado, el grupo mayor en una escuela primaria que “bajaba” hasta jardín que participar, en primer año, del grupo menor en una secundaria que “subía” hasta quinto año. Siempre era preferible, o al

menos eso decía Nubecita, una de mis maestras más queridas, ser “cabeza de ratón” que “cola de león”. Muchos años más tarde pensaría que eso era exactamente al revés, que era mejor tener un lugar hacia donde subir, pero aún no lo pensaba...

Una cuestión de nombres

- 10 En mi clase éramos treinta chicos y chicas (bueno, veintinueve, porque en el verano una chica que justo era la que más me gustaba se había mudado y cambiaba de escuela, lo que me ponía algo triste porque, en algún futuro cumpleaños, el de ella o el mío o el de algún otro chico que nos invitara a los dos, o en una fiesta o baile que organizara cualquiera de ellos, iba a decirle eso, que me gustaba, que me gustaba mucho, que si ella quería podíamos ser novios, o salir, o algo, no sé, estar juntos; yo no sabía mucho de esas cosas, pero igual no importaba, primero porque ella se había mudado para siempre y segundo porque no es de eso de lo que quiero hablar).

De lo que quiero hablar es de que en mi grado, el séptimo de la escuela Petronila Rodríguez, que queda en el barrio de... (bueno, ya lo dije), se presentó un niño coreano cuya familia había llegado hacía poco tiempo a la Argentina y que, después de una adaptación y de haberse esforzado mucho en aprender el idioma, venía a hacer séptimo con nosotros.

11

Muy pronto, apenas empezaba el primer segundo del primer minuto del primer día de clases, nos hicimos amigos: lo vi tan asustado, tan preocupado, confundido, solitario y desorientado que me acerqué a ver qué le pasaba, y él me dijo que se llamaba Insu, Kim Insu, pero le decían solo Insu, y a mí me pareció algo extraño, porque mis amigos se llamaban Coco, Runo, Lalo, nombres simples, comunes, como el mío, que es Dody, o como los de las chicas, que se llamaban Nuri, Moni, Cuqui (pero ahora que lo pienso no siempre es tan así, porque el nombre de la chica que me gustaba es Dafna, un nombre hebreo y rarísimo que se traduce

como Laura, pero no quiero hablarles de ella, que, ya lo dije, se había ido a otro barrio, a otro lado, a otra escuela, y era probable que no volviera a verla más, lo que era una pena porque yo quería decirle... bueno, eso).

12



Japonés, chino, coreano, oriental

No quiero hablar de Dafna, sino de mi nuevo amigo Insu, quien llegó el primer día de clases y nadie se le acercaba, no sé por qué... o sí: porque lo veían distinto, porque tenía los ojos rasgados, porque no hablaba nuestro idioma del todo bien, porque pronunciaba de otra forma... Pero a mí no me importaba nada de eso y nos hicimos amigos ese mismo día. 13

No pasó lo mismo con el resto de mis compañeros, en especial con uno que se llamaba Toti y que sin siquiera conocer a Insu lo primero que le dijo fue:

—Vos, japonés, que tenés los ojos así de chinos y que hablás en coreano, vení acá que te reviento...

Toti, que era un bruto y que en los recreos siempre trataba, junto con otro que se llamaba Equis, de hacer que todos jugáramos a lo que ellos quisieran, como si fueran los jefes de no sé qué (esa es otra historia que les contaré alguna otra vez en algún otro libro, lo prometo), y que molestaba a todo el mundo, quería aprovecharse de la desorientación del nuevo y por eso le decía así.

Lo trataba de esa forma por bruto, porque no tenía idea de nada.

¿Chinos, coreanos, japoneses, orientales; suecos, finlandeses, españoles, marroquíes? ¿De verdad importa de dónde vienen las personas?

Quiero mostrarte algo

Entonces yo me puse en medio y le dije a Toti: 15

—Eh, qué te pasa...

Porque era una injusticia que maltratara a Insu, que además me había caído tan bien.

Toti estaba a punto de agarrárselas conmigo, pero Insu no se había asustado ni un poco, y le dijo:

—Vení, quiero mostrarte algo.

Todos los que estaban a nuestro alrededor, y que esperaban ansiosos una pelea entre Insu y Toti, o entre Toti y yo, o un desafío a la salida de la escuela en el pasaje Sofía, que quedaba a la vuelta y era donde nos encontrábamos para arreglar nuestras diferencias de una forma bastante salvaje (a las trompadas), hicieron silencio.

Silencio.

¿Qué tendría para mostrarle a Toti el nuevo alumno Insu?

16 Pronto lo supimos, porque ellos subieron las escaleras hasta el primer piso, seguidos por todo el resto del grado y los demás. No sé cómo Insu conocía tan bien la escuela, si era el primer día que venía, pero al parecer la conocía y entonces llevó a Toti hacia una puerta que había en medio del pasillo del primer piso, una puerta que ni yo (y eso que estaba en la Petro desde jardín) ni nadie había visto nunca.

Y resulta que, en el bolsillo de su delantal, Insu tenía una llave dorada, y que esa llave abría, nadie sabía bien por qué, aquella puerta que nunca nadie había visto antes.